



## LA CIUDAD PERDIDA

### MESINA Y LA ESCRITURA INGENUA DE LUIGI BROGNA<sup>1</sup>

MASSIMO LA TORRE

[mlatorre@unicz.it](mailto:mlatorre@unicz.it)

UNIVERSIDAD MAGNA GRAECIA DE CATANZARO

I. La ciudad literaria de Sicilia —es decir, la ciudad que mayor literatura ha motivado e inspirado— no es Palermo, ni la Agrigento de Pirandello, ni la Siracusa de Elio Vittorini, sino Catania. No es que Palermo, Agrigento y Siracusa carezcan de sus propias, importantes y bellísimas novelas. Palermo se refleja en *El Gatopardo* de Tomasi di Lampedusa; Agrigento en *Los viejos y los jóvenes* de Pirandello; y Siracusa en *El clavel rojo* de Vittorini. Sin embargo, en Catania y sobre Catania existe una concentración de narrativa que no tiene parangón en la isla. Allí encontramos, obviamente, a Verga, y después a Capuana y De Roberto; y más tarde a Vitaliano Brancati, con su italiano límpido y ejemplar. Cercana a la inspiración de Brancati se halla la narrativa de Ercole Patti. Y también la intensa y desgarradora escritura de Goliarda Sapienza, igualmente catanesa.

Mesina no puede competir con sus “primos” etneos. Y, no obstante, también la ciudad del Estrecho ha producido y produce gran literatura. Cuenta con un premio Nobel, pues Quasimodo es, a casi todos los efectos, un mesinés. Posee una novela épica, como lo es *Horcynus Orca* de Stefano D’Arrigo. Además, existen autores —digamos— menores: Guido Gherzi con su obra *La città e la selva*, que nos habla de la reconstrucción de Mesina

---

<sup>1</sup> Agradecemos al autor que nos haya permitido traducir este texto publicado en Altraparola. Rivista di teoria e culture (<https://www.altraparolarivista.it/2026/04/22/luigi-brogna-la-citta-persa/>). Se han añadido algunas notas al pie al original.



tras el terremoto y de su clase dirigente, oscilante entre la masonería y el arzobispado. Está Antonio Bassarelli, quien en *La truvatura* pone ante nuestros ojos la mítica ciudad de la segunda posguerra con el bar Irrera<sup>2</sup> y la librería OSPE,<sup>3</sup> así como el “pugliattismo”<sup>4</sup> como cifra cultural y estilística de todo un universo social. Se encuentra Turi Vasile, con sus cuadros nostálgicos sobre la Mesina de las barracas (*L’ultima sigaretta e altri racconti* y *La valigia di fibra*). Y hallamos ahora las novelas de Nadia Terranova, en particular *Gli anni al contrario*, relato de una ciudad “boba” que sirve de trasfondo a la historia de mi generación y de sus esperanzas calcinadas entre la universidad, la heroína y los “años de plomo”.

Algo nos dicen también los provincianos, los escritores de la provincia, que son legión, empezando por quien es, a mi juicio, uno de los poetas italianos más interesantes de la segunda posguerra: Bartolo Cattafi. Dedicó a Mesina quizá uno de sus poemas más hermosos, con la imagen de las *Bagnarote* —las mujeres de Bagnara—, que de una a otra orilla del Estrecho contrabandean paquetes de miseria junto con la sal. Aquellas mujeres con sus faldas, siempre objeto de la interesada atención de la Guardia de Finanzas, han desaparecido ya. Antes se agolpaban en los embarcaderos de los transbordadores; pero la miseria y sus fardos permanecen, y la travesía del Estrecho es hoy más difícil que nunca. De hecho, nunca antes como ahora los mesineses han visto su propio mar como el muro de una suerte de cárcel en la que se ven confinados quienes no logran huir.

Encontramos también *La sonrisa del desconocido marinero* de Vincenzo Consolo, otro libro de inspiración mesinesa. La escritura de Consolo es estilísticamente excelsa; la prosa de *Retablo* es, en realidad, una serie de endecasílabos: un poema camuflado. Pero las referencias a la realidad peloritana deben buscarse más bien en algunos relatos, como *Nerò metallicò*. Está Paolo Di Stefano, quien en *Tutti contenti* nos habla también de esa Mesina desolada y carente de privilegios. Sin embargo, quien en los últimos años me ha parecido capaz de hacernos respirar mejor el aire de la ciudad —de una ciudad cuya decadencia ulterior comenzó hace cuarenta años, conduciendo a la desesperación actual— es Luigi Brogna.

II. Luigi Brogna no es, sin embargo, un escritor italiano. O, por mejor decir, es un italiano que no escribe en italiano. Sus libros están escritos en alemán, lo cual lo hace particularmente interesante y, en ciertos aspectos, único.

Publicó dos libros: el primero (*Das Kind unterm Salatblatt: Geschichten von meiner sizilianischen Familie*, Ullstein Verlag, Berlín, 2006), que es una evocación de su

---

<sup>2</sup> Emblemático establecimiento que trascendió su función comercial para constituirse en un pilar del espacio civil y la identidad burguesa de Mesina. Fundado originalmente en 1910, su reapertura el 5 de enero de 1944 simbolizó el renacer y el optimismo de la ciudad tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial. Funcionó como epicentro de la vida intelectual y social y fue foro de debate político y cultural tras las funciones en los cines Trinacria u Odeon. (N. del T.)

<sup>3</sup> Siglas de la *Organizzazione Siciliana Pubblicazioni Editoriali*, institución fundamental de la vida intelectual mesinesa. Impulsada por Antonio Saitta, la librería no solo funcionó como espacio de difusión bibliográfica, sino como un dinámico motor cultural que aglutinó iniciativas como la galería de arte Il Fondaco y la irónica Accademia della Scocca, consolidándose como un espacio de sociabilidad donde convergían la academia, la judicatura y la creación artística. (N. del T.)

<sup>4</sup> El término deriva de la figura de Salvatore Pugliatti, jurista de renombre, musicólogo y rector de la Universidad de Mesina, cuyo humanismo integral vinculó el rigor del Derecho con la sensibilidad de las artes y las letras. (N. del T.)

infancia en Mesina antes de la emigración a Alemania; y, tras el éxito de este, un segundo (*Spätzle al Dente. Neue Geschichten von meiner sizilianischen Familie*, Ullstein Verlag, Berlín, 2007), que narra la transformación de un mesinés en un alemán de Suabia, con los problemas inherentes a la integración en una cultura y lengua ajenas. De este modo, la cultura italiana —y Mesina— no se han percatado de Brogna, ni se han tomado la molestia de hacerlo. Pese a ello, sus libros son bellos e inteligentes y, sobre todo, ofrecen de Mesina una mirada nueva, distinta. Sin embargo, permanecen sin traducción al italiano.

Dicha mirada es nueva y distinta porque es, por así decirlo, marginal. Brogna escribe desde el ángulo de una familia que reside en la periferia de la sociedad mesinesa, en un barrio popular, a menudo todavía de barracas. Gigi vive en Puntale Arena que, aunque situado en el centro de la ciudad y no lejos de la iglesia de la Annunziata (aquella que figura en varias pinturas de Antonello), no deja de ser un contexto de marginación y pobreza. Brogna no es Bassarelli, quien pertenece a una estirpe de propietarios terratenientes ricos y cultos, y nos habla de la Mesina del Irrera a mare, de la Universidad y del Tribunal. La Plaza Cairoli y el Viale San Martino resultan lejanos para Brogna; se descende a ellos como en peregrinación, para admirar los escaparates engalanados, a la gente distinguida sentada degustando un *schiumone di gianduia* en las mesas del Irrera, o chupándose los dedos con el azúcar de una *sfinge di riso* en Nunnari, un asador justamente célebre. Se pasea para ver los comercios centelleantes (hoy desaparecidos en gran medida) de Rinciari, Siracusano o Rotino. A veces se asoma uno al cine Trinacria, con su hermoso jardín de verano, o al Odeon los domingos por la mañana. Uno puede permitirse el lujo de un cucurucho de helado en Bille, pero permanece excluido de ese mundo burgués. Porque Brogna no lo es: su padre es albañil. Su punto de vista es similar al de Andrea Genovese, quien en *Falce marittima* —otra notable novela— nos relata la Mesina de los humildes, la de Giostra, uno de los barrios más desesperados y difíciles de la ciudad. En ese contexto, el manjar no es el *Principe di Monaco* (una tarta helada de pistacho), sino *u tajuni*: las entrañas de la vaca o el buey, particularmente intestinos y bazo asados y vendidos en la calle sobre hogueras de leña.

Así, la Mesina que Brogna describe difiere de la burguesa que nos presentan Bassarelli, Gherisi, Vasile o el Beniamino Joppolo de *La doppia storia*. O de aquella áulica, implícita en la obra de Quasimodo. E incluso de aquella otra, grandiosa y catártica, de los pueblos costeros, del Faro y del Ringo, descrita por Stefano D'Arrigo. Incluso el libro, que se presenta como las memorias de un niño (Gigi) y, por tanto, rebosa alegría y juego, resulta, tras una lectura más atenta, cualquier cosa menos alegre. No es jovial. Lo reconoce tímidamente el propio Brogna al iniciar su relato: "*Es war nicht immer alles lustig, auch wenn wir im nachhinein darüber gelacht haben*".<sup>5</sup> También planea la enfermedad: la tuberculosis que aqueja a su madre.

En cada página, aunque poblada de anécdotas e historias simpáticas, se percibe —permítaseme decir— cierta tragicidad. Evoca aquellas dos breves páginas que Vittorini dedica a Mesina en *Conversación en Sicilia*. Aquí no figuran los miserables que se alimentan solo de las naranjas que no logran vender en la Estación Marítima; los protagonistas son los peones que llevan el jornal a casa, viviendo al día.

La escritura es ingenua, directa; parecería pretender una representación colorida de su objeto. Se emplea repetidamente la locución "como es costumbre en Sicilia" (*Wie es*

---

<sup>5</sup> "No siempre fue todo divertido, aunque después nos hayamos reído de ello". (T.)

*in Sizilien Brauch ist*) al mencionar hechos que se supone asombrarán al lector alemán, apelando a su fantasía, como ocurre con la descripción del desfile de la Vara en agosto. El estilo de las frases recuerda casi al de una guía turística del XIX. Pero esto es solo la superficie, la representación folclórica. El corazón de la escritura, de lo ingenuo, deviene a menudo —inconscientemente y a su pesar— acre, e incluso dolorido.

En el mundo de Gigi, incluso los niños sirven para aportar algún dinero al hogar trabajando como aprendices. Ayudan al barbero o al carnicero; o corretean repartiendo cafés, granizados o *focaccia* a domicilio. Su tiempo libre no es juego —o no solo juego—; conocen la fatiga y la dependencia ya a los siete u ocho años. Y si es necesario para la familia, abandonan la escuela para simplemente “fatigar”, *travagghiari*.

La Mesina de Brogna es polvorienta, fangosa, soleada, amarilla o de color ocre; el mar no se ve: el puerto queda lejos, al igual que el paseo marítimo y el recinto ferial. La playa de *Mortelle* ni siquiera se menciona. No hay vegetación, ni árboles. El sol cae a plomo y corta la respiración. Los muchachos juegan en la tierra, se lanzan piedras, se parten la cabeza, y no hay trabajo. Hay muchos ratones, gordos como gatos: “*Auch gab es unzählige Ratten, so gross wie ausgewachsene Katzen*” (p. 45). Y por doquier, lagartijas de un verde centelleante: “*Und überall Eidechsen. Bunt schimmernd sonnten sie sich auf beinahe jedem grösserem Steine*” (p. 45). El bochorno hace crujir la naturaleza: “*Es war einer dieser extremen Tagen im Juli, an denen man die Hitze förmlich knistern hört*” (p. 62). El terremoto gruñe de vez en cuando, aterra y relegitima la resignación. Sin embargo, todavía en verano pasa el vendedor de moras, lanzando en la tarde vacía de gente su grito antiguo: “*¡Iosa, iosa!*”<sup>6</sup>

La fruta y verdura se compran en el carromato del ambulante, tirado por un viejo caballo o un asno sarnoso e indolente. La leche la ofrece el pastor que introduce su rebaño de cabras por las calles y callejuelas de la periferia. Y están las tabernas —la abuela de Gigi regenta una—, donde se bebe un vino corriente, el moscatel y el *zibibbo*, un vino dulce de aquella uva de granos hinchados y dorados que ya no se encuentra; y allí se come el *pescestocco* (bacalao seco) hervido, de olor fortísimo, tolerable y apreciado solo por el mesinés de rancio abolengo.

Junto a la religión canónica, centrada sobre todo en el culto mariano, sobreviven creencias que se transmiten paralelamente a los ritos y esperanzas alimentados durante siglos por la Iglesia católica. En este antiguo universo, mítico y diversamente religioso, habitan aún los duendecillos (*i fudditti*), criaturas pequeñas y caprichosas (y fastidiosas) que por la noche se divierten asustando a ancianos y niños. Están también los licántropos, seres humanos desgraciados a quienes la luna llena transforma en temibles bestias aulladoras, y contra los cuales el único remedio es herirlos con un cortaplumas para purgar su sangre infecta. Existe el mal de ojo, que puede conducir a la muerte y se comprueba mediante una ceremonia arcaica: sobre la cabeza de la presunta víctima se coloca un plato con agua y se vierte aceite lentamente. Si este crea “ojos” en el agua y no se aglutina o disuelve de otro modo, el mal de ojo está presente y deberán tomarse las medidas necesarias. Existen también los ritos de la *malanova* (una suerte de magia negra): se arroja una hoja oxidada al mar recitando palabras rituales en dialecto y dirigiendo el pensamiento hacia la persona a quien se desea el mal. Así, a la madre de Gigi,

---

<sup>6</sup> “¡Moras, moras!” (T.)

que está enferma, se intenta extraerle la maldad que alguien le ha vertido encima mediante el rito del agua y el aceite.

Es la Mesina de los años sesenta y principios de los setenta. Los autobuses —el 1, el 12, el 7 tachado, el 8 que va a Ganzirri— están repletos de humanidad. No se respira, se suda, se vive aplastado por el prójimo. Hay un cobrador que impone orden. Algún gamberro se cuelga del parachoques trasero. Y el servicio funciona mejor que ahora, que casi ha desaparecido.

Ante el Ayuntamiento, en las aceras del viejo y ruinoso *Palazzo del Fascio*, duermen al raso centenares de personas que se disponen a partir hacia América en busca de trabajo. Aún existen los barcos de la naviera Achille Lauro que conectan Mesina con Nueva York vía Gibraltar. Los astilleros en la zona de la península de San Ranieri trabajan a pleno rendimiento; por la mañana, las barcazas transportan al trabajo, al otro lado del puerto, a cientos de obreros. El sonido más típico de Mesina es todavía el de las sirenas que a mediodía marcan la pausa del almuerzo, audibles desde toda la ciudad, precediendo al rugido del león del Duomo (*a matrici*).

Pero la ciudad comienza a morir. Se construye menos y sucede algo misterioso que empieza a anular el tejido industrial y burgués de la urbe. En aquellos años cerrarán los astilleros Cassaro. Se derriban el colegio y la iglesia de los jesuitas, en pleno centro, para abrir paso al horrendo edificio de la Standa.<sup>7</sup> Y cierra el bar Irrera, anulando prácticamente el espacio civil de la Plaza Cairolì, que queda oscurecida y tapiada. El trabajo empieza a escasear y el padre de Luigi piensa en partir. Es una decisión difícil, pero no hay alternativa. Y partirá. Luigi llegará a la Suabia alemana para recomenzar una nueva vida.

El libro nos habla, así, del tiempo previo a la partida. Está imbuido de nostalgia por aquel tiempo, por la libertad de la calle y del dialecto. Son estampas de vida que pretenden resultar agradables y hablarnos de artesanos despreocupados que cantan canciones napolitanas y de obreros que juegan serenamente a la brisca bebiendo un buen vino. Los niños en la escuela se mofan de los maestros y simulan la guerra de César. Sin embargo, emerge en el libro la conciencia de la limitación y marginalidad de aquella vida. Es necesario dejarla atrás. Arrancarse de uno mismo. Amputarse un miembro y la lengua. Así es como Luigi escribe ahora en un alemán bello e irónico. Su ciudad sigue allí; no ha mejorado, aún tiene en la boca el sabor de su polvo. La luz negra —por ser fortísima— de su agosto todavía lo deslumbra.

Contra cierta representación idílica de los barrios altos, Brogna, con una alternativa simulación de idilio popular, nos recuerda que Mesina está dividida en dos campos: entre un mundo burgués próximo al suicidio (una suerte de agridulce *cupio dissolvi*) y un mundo popular, subproletario o proletario, para el cual la alternativa oscila entre la emigración y el desarraigo, por un lado, y el envilecimiento progresivo por otro. Quien se queda se degradará hasta la canallería o la condición de *coolie* (según la previsión de Marx en el *Manifiesto del Partido Comunista*). Quien parte, quizá aún pueda lograrlo; puede

---

<sup>7</sup> La Standa fue la cadena de grandes almacenes más popular de Italia durante gran parte del siglo pasado. Fundada en 1931, se convirtió en el símbolo del “milagro económico italiano”, ofreciendo por primera vez una amplia gama de productos (ropa, hogar y alimentación) bajo un mismo techo y a precios accesibles para la clase media y trabajadora. (N. del T.)

salvarse, puede redimirse: *Cu' nesci rinesci*.<sup>8</sup> También partió Antonio Bassarelli, pero para ser juez; el padre de Gigi, para poder seguir siendo obrero con dignidad.

Y el burgués, que antaño vivía del puerto, de los astilleros, de la construcción o del comercio minorista, se incrusta ahora en la universidad, en el ayuntamiento o en el chiringuito de las autopistas en construcción. De emprendedor se transforma en rentista y en dispensador y receptor de favores, recomendaciones y prebendas. La política se desplaza de las manos iluminadas pero tacañas de los liberales a las piadosas y generosas de los democristianos. El electorado se controla desde los barrios y la periferia gracias a algún notable local (un sargento, un médico rural, un farmacéutico). Pueden bastar unos paquetes de pasta o un par de zapatos por un voto. O una motocicleta. O bien, si no queda otra opción, un puesto en Correos o de celador en el hospital.

III. El libro de Brogna —el primero, pues el segundo está más centrado en la experiencia alemana— es, por tanto, una suerte de elegía trágica, a pesar de sus intenciones e incluso de la lectura que hace el público alemán, que le otorga un éxito inesperado al consumirlo como una obra amena de un mundo aparentemente alegre y curioso, y como una historia de infancia: un Tom Sawyer en el Estrecho.

Pero el lector mesinés (si alguno hubiera) percibe otro aire. No ríe. Ni siquiera sonríe. Su ciudad se le aparece reflejada en un charco de lluvia estancada, en uno de esos baches que caracterizan las calles periféricas de la ciudad. Pese a la luz, el sol, las trastadas y las bromas entre niños que relata Brogna, la atmósfera es sombría. El ambiente es angosto. No hay espacios, sino solo la vía de escape de la partida con la maleta de cartón hacia un destino incierto. Luigi lo logrará. Estudia, aprende, se casa con una mujer alemana, tiene un trabajo sólido, habla con acento suabo. Escribe en alemán. Y, sin embargo, no escribe sino sobre Mesina.

Y aquí muere. Regresa periódicamente a la ciudad para ver a abuelos, tíos, primos y amigos. Para respirar de nuevo el aire del Estrecho, el siroco. Y regresa una vez más para recoger material para una tercera novela, con Gigi —es decir, él mismo de niño— todavía como protagonista. Es febrero de 2008; pero sufre un infarto y muere. No ha cumplido aún los cincuenta años. Huyó de Mesina; la ciudad ahora lo reclama para sí.

Queda el libro. Páginas en ciertos aspectos desgarradoras, páginas que claman al cielo. Pretenden entretener, entregándose a la caricatura y usando un registro cómico. Pero a este lado del Faro tienen un cariz muy distinto.

Para llegar a Puntale Arena hay una callejuela que desde el torrente Bocchetta trepa por la colina. Hay casitas y casuchas, otrora barracas. Niños que jugaban en la tierra. El dialecto sustituye por completo al italiano. Desde allí, la Plaza Cairolí es como un espejismo. Las calles no están asfaltadas. Subes y llegas a un... vertedero. Las cloacas están al descubierto. El agua está estancada. Inmundicia por doquier.

Pero el pilluelo, Gigi, Brogna, no se convirtió en un “chulo”, un matón, sino en un escritor. Alma generosa que canta a la Mesina que primero lo rechazó, que le arrebató la palabra en italiano, y luego, una vez que él la recuperó en una lengua distinta y más difícil, lo ha querido de vuelta para siempre, mudo.

***Traducción y notas de Ricardo Bonet***

---

<sup>8</sup> *Quien sale, triunfa.* (T.)